

Entrevista a Gabriel Kaplún

¿Formal / no formal / popular / alternativo /...?

**“LO PRIMERO QUE ESTÁ EN JUEGO HOY ES EL SENTIDO MISMO DE
LOS SISTEMAS EDUCATIVOS”**

María de la Paz Echeverría

Docente e Investigadora de la
Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP)
y de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ).

Se desempeña como Profesora Adjunta en el
Taller de Análisis, Producción y Evaluación de Materiales
en Educación en el Profesorado
en Comunicación Social
(FPyCS - UNLP).

mpazecheverria@gmail.com

Agustín Martinuzzi

Docente e Investigador de la
Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).

Profesor Adjunto del Taller de Análisis de la
Comunicación en Instituciones Educativas en el
Profesorado en Comunicación Social

(FPyCS - UNLP).

amartinuzzi8@hotmail.com

Gabriel Kaplún es comunicador, Magíster en Educación, Doctor en Estudios Culturales. Docente e investigador de la Universidad de la República, Director de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, docente invitado de otras universidades latinoamericanas. Es miembro de la Asociación Latinoamericana y de la Asociación Internacional de Investigadores de la Comunicación. Ha escrito numerosos artículos y libros en temas de su especialidad.

Participó como conferencista en el Congreso “Desafíos de Comunicación/Educación en tiempos de restitución de lo público (COMEDU)” organizado por la FPyCS, UNLP. En esta entrevista se pretende recuperar brevemente su trayectoria en el campo de Comunicación / Educación y profundizar en algunos de los aportes que realizó en el marco de este Congreso.

¿Cómo fue tu acercamiento al campo de la comunicación/educación popular?

A fines de los años setenta, estábamos en dictadura en Uruguay, y hacíamos actividades en barrios, vinculadas muchas veces a servicios, por ejemplo servicios de salud populares. Esos espacios fueron los primeros donde empecé a trabajar en algo que todavía no llamábamos educación popular, llamábamos más bien “promoción social” en mi caso, además vinculado a un movimiento particular, el movimiento De Maus¹ que a nivel internacional tenía un desarrollo fuerte. Le decíamos promoción social, en mi caso estaba vinculado a un grupo de gente que era coordinada por un cura sociólogo que había mantenido un vínculo importante con Paulo Freire y había desarrollado un trabajo muy interesante en acción cultural, ese era el nombre que él utilizaba. Alrededor de él nos nucleamos un grupo de jóvenes y con los años terminó tomando la forma y el nombre de educación popular. Esto fue una vez entrado los ochenta, casi al final de la dictadura, cuando tomamos contacto con gente de otros países de América Latina. En nuestro caso particular con la gente del Grupo Alforja, ustedes seguramente alguna vez hayan escuchado de Carlos Nuñez en particular. Alforja era un grupo, es todavía, una organización que nucleaba a educadores populares de Centroamérica y de México muy vinculados a la Revolución Nicaragüense. Eso marcó todo un momento de inflexión

¹ El Movimiento de Acción y Unidad Socialista (Maus), fue un movimiento político perteneciente a sectores de izquierda en México fundado por Miguel Ángel Velasco que apostaría por articular un frente nacional de la izquierda de ese país y se presentaría a elecciones a fines de los años setenta.

entre los que trabajábamos en Uruguay que empezamos a llamar y a pensar de manera distinta y en común nuestro trabajo. Primero fueron los barrios, más adelante trabajé en los sindicatos, y esas experiencias de educación popular fueron llenándose de complicación.

Allí la impronta familiar tuvo que ver, mi padre no vivía en ese momento en el país y mi madre tampoco, ambos estaban en Venezuela desarrollando ellos mismos una práctica de comunicación/educación popular. Yo estuve una vez en Venezuela en un intenso curso con ellos y con una gran cantidad de latinoamericanos, que nos nucleamos allí a comienzos de los ochenta. Comunicación y educación se juntaron allí. A eso después se le sumaron muchas cosas. No existía comunicación como carrera en Uruguay, se abrió después y terminé entrando como docente y no como estudiante. Mi encuentro académico vino entonces desde la educación.

Entonces menciono a nivel personal cuáles fueron mis fuentes básicas, aquel trabajito muy pequeño de promoción social y acción cultural, después el encuentro con los educadores populares latinoamericanos, más tarde con la educación vista desde las ciencias sociales y con la investigación educativa y finalmente la entrada a la docencia universitaria en comunicación. Allí están muy sintéticamente los orígenes de mi vinculación con estos temas.

Y en estos inicios, ¿por qué sintieron la necesidad de distinguirse de otras formas educativas reconocidas hasta ese momento como podría ser la educación formal o, como se empieza a enunciar a fines de la década del cincuenta, como educación no formal?

Esa fue una apreciación fuerte que hicimos a comienzos de los ochenta, hacia el final de la dictadura. Yo te diría que por un lado no hay un rechazo a la educación formal, más bien lo que hay es pensar otros espacios educativos y pensarlos desde una perspectiva social y política. Una visión de la educación popular que me gusta mucho, que usamos mucho durante aquellos años, es la de Carlos Nuñez, el intelectual mexicano que escribió un libro que nos marcó mucho a muchos, *Educación para transformar y transformar para educar*. Allí, él decía que la educación popular era la dimensión educativa de los procesos de organización social y política de los sectores

populares. Esa dimensión educativa era la que había que trabajar específicamente, pero en el marco de procesos organizativos. Esa convicción directa e imprescindible con los procesos organizativos fue la marca de muchas cosas que empezamos a hacer en aquellos años. Por ejemplo incluso para cuestionar los trabajos de promoción social que no tenían esa dimensión organizativa, que si bien podían tener un aspecto educativo, en la medida que no estaba esa conexión entre lo educativo y lo organizativo no sentíamos que se encuadraba en eso que comenzábamos a denominar educación popular. A su vez, lo popular tenía que ver con ciertos sectores sociales pero también con ciertos intereses y objetivos con una práctica política no partidaria.

Eso, no entraba necesariamente en contradicción con la educación formal. Los espacios educativos formales también pueden ser espacios en ese sentido de educación popular y de hecho nos pasó un tiempo después que muchos educadores formales se acercaban a lo que llamábamos educación popular buscando repensar y rehacer sus prácticas. Yo participé a fines de los ochenta y comienzos de los noventa en la ampliación de un pequeño grupo que se mantiene en funcionamiento hasta el día de hoy, con el que sigo vinculado, el Programa de Educación Popular. Básicamente consiste en un espacio de formación de educadores populares, a través de un ciclo de tres años de formación por el cual han pasado a esta altura centenares de personas y muchos de ellos han sido educadores en el sistema educativo formal.

Esta es la reflexión que compartimos con mucha gente de distintas partes del continente en el sentido de que esa división entre lo formal y lo no formal no era tanto la que nos interesaba, sino aquella que tiene que ver con una concepción formal y política, junto a una concepción metodológica donde hay también un acento muy importante. Esto implicó un encuentro con Paulo Freire en el sentido que éste le da a la construcción de la palabra para la reconstrucción del mundo.

Y si tuvieras que plantear cómo lo ves hoy, ¿crees que estos imaginarios que separan lo formal de lo no formal siguen estando presentes o que hoy se reconocen más esos cruces?

Yo creo que hay una parte de esa tradición que vale la pena y está presente. Incluso cuando los que venimos de esta tradición la abandonamos vemos que la retoma gente más joven. Nos reclaman que no la abandonemos, sienten que ahí hay algo importante para volver a mirar. Quizás en el Congreso de Comunicación/Educación en La Plata

también se decía algo de esto en la idea de estos tiempos donde la política vuelve a estar en el centro.

Ya en los ochenta y en los noventa veíamos que la división entre lo formal y no formal no era el tema principal y quizás aún está presente. Lo que sí está hoy presente, y lo conversaba en estos días en un encuentro que hubo en Brasilia donde se hablaba de comunicación ciudadana y no de comunicación popular, allí hice una pequeña historia donde decía que estos apellidos que van cambiando tanto para la educación como para la comunicación, son apellidos no inocentes.

Cuando se habla de comunicación alternativa o se prefiere hablar de comunicación participativa o comunitaria, o popular, o muchos otros apellidos no siempre da lo mismo y en particular el apellido popular tanto en educación como en comunicación, que parece haber caído en desuso sobre todo en los años noventa. Ese desuso puede haber tenido que ver con el momento del auge neoliberal, cuando algunas palabras se convirtieron en malas palabras, o tal vez y esto sí lo pone más interesante, con un repensar más profundo desde el propio campo de la educación popular y de la comunicación.

En los noventa, a comienzos de la década en el campo de la comunicación se empieza a hablar de comunicación ciudadana como una propuesta de denominación alternativa que hacía hincapié en la idea de que lo ciudadano interpela a más gente y recupera además otras tradiciones tratando de darle peso histórico a esto. Entender por qué se usó una denominación en un momento y por qué se dejó de usar nos puede hacer entender, pensando en ese contexto y en el actual, qué cosas siguen vigentes y cuáles no. También hay contextos bibliográficos distintos, yo tuve la sensación cuando estuve con ustedes en La Plata que algunos de esos viejos nombres están más presentes allí que por ejemplo en mi país o en Brasil.

¿Con estos viejos nombres haces referencia a “lo popular”, a “lo alternativo”?

Sobre todo a lo “popular”, es interesante. Y lo mismo con “lo alternativo”, es otro de esos nombres siempre tensos, siempre ambiguos. En cada uno de esos nombres hay una tensión, hay dificultades. “Popular” tiene complicaciones, a qué pueblo se refieren es una de las complicaciones que siempre está detrás y si no refiere a sectores específicos, se refiere a intereses y surgen las preguntas sobre a quién determina esos intereses, quién dictamina qué es lo correcto para mí y para otros, los otros que aparecen

como no conscientes de sus propios intereses. Esto es un problema complejo porque vuelve a poner en discusión las cuestiones propiamente políticas.

En este ejercicio de recuperar la historia, ¿Cuáles te parecen que han sido las grandes transformaciones que se fueron dando en materia de educación popular?

Me parece que hay constantes y transformaciones. Entre las constantes aparece el sentido político de la educación que viene de mucho antes de lo que llamamos educación popular entre los setenta y los ochenta. De hecho, es previo a Paulo Freire y está presente en muchos de nuestros países. Hay tradiciones en Uruguay y Argentina bien interesantes que tienen que ver con esto. En ese sentido, el trabajo que hizo Jorge Huergo desde Simón Rodríguez pasando por Taborda en el caso argentino y Rodríguez en el contexto latinoamericano más amplio, tiene paralelos en Uruguay con movimientos educativos. En ese caso mucho más vinculados a la educación formal sobre todo a los maestros y en particular a los maestros rurales –que por algún motivo que valdría la pena explorar han sido siempre punta en esto de la renovación pedagógica y de la búsqueda del sentido político de la educación por todo, hasta los años setenta y probablemente no tanto después– son parte también de esa tradición.

Lo que va cambiando es cómo ese sentido político es construido. A veces tiene que ver con discusiones más teóricas, por ejemplo, esto del vínculo ciudadano; otras veces tiene que ver más con contextos sociales. Por ejemplo, los contextos campesinos que eran distintos de contextos como los actuales y que muchas veces es muy difícil reconstruir desde la categoría de clase obrera los movimientos populares, es decir construir alrededor de esa categoría como se construyeron muchos movimientos sociales y políticos en otros momentos. Me parece que hay cambios que tienen que ver con esto. Hay otros que tienen que ver con el temor a mantener un discurso con una dimensión política clara.

Otra constante que si bien ha tenido cambios es la que tiene que ver con lo metodológico. La idea de construcción colectiva, la idea de diálogo de saberes muy presente en Freire y en todos los procesos de educación popular de los setenta y los ochenta. En los años dos mil, algo nuevo e interesante que aparece –y algo de esto comentaba en La Plata– es la irrupción de otros actores sociales en el contexto latinoamericano que hicieron repensar algunas cosas desde la multiculturalidad primero y desde el diálogo intercultural después.

Los indígenas, en particular los de países andinos, introducen una variante muy importante para pensar algunas de estas cosas. Incluso también en discusión con Freire en el sentido de la categoría de pensamiento mágico como una categoría a discutir, porque oponer magia a ciencia podría ser también oponer ciencia occidental a otras epistemologías como las vinculadas a los pueblos originarios latinoamericanos que habían sido ninguneados y olvidados. En países como los del Río de La Plata esto parece tener mucho menos lugar pero me parece que es un desafío importante que empieza a parecer por otros lados, por ejemplo cuando se pone en cuestión la noción de desarrollo que no estuvo en la discusión que le tocó vivir y acompañar a Freire. Tengo la impresión a veces de que en este sentido Freire podría haber sido, sin habérselo planteado, un poco un desarrollista.

Esa noción hoy está en discusión. ¿Qué mundos, qué desarrollos, si el término aún sigue teniendo sentido, queremos construir? Y eso es un conflicto político pero que tiene mucha incidencia en la educación popular porque justamente pone en discusión algunas de esas categorías políticas que están en juego. Por ejemplo, la idea metodológica muy fuerte de la construcción colectiva y el diálogo de saberes, se pregunta si este diálogo incluye otros saberes que quizás en otros momentos no habían sido invitados a la conversación o no habían sido bien escuchados.

Y a partir de este recorrido que están planteando, ¿cómo te parece que emerge el sentido político de la educación en el actual contexto de nuestras instituciones?

Me parece que en el plano de las instituciones educativas propiamente, para empezar por ahí, es clave en todo esto, lo que está en juego hoy en muchos lugares, es el sentido político, sí, pero yo diría junto con eso, y a veces antes que eso, que el sentido mismo del espacio educativo. Los sistemas educativos en particular, en América Latina y en muchas partes, fueron construidos, por un lado como sistemas de tránsito hacia formaciones superiores, en el caso de la enseñanza básica y media; por otro lado como escuelas de ciudadanía, y ese es un sentido fuertemente político (la idea de que allí se forman ciudadanos, y finalmente como escuelas para el trabajo, sistemas vinculados de modo directo, o muchas veces indirecto, al mundo del trabajo. Lo que establece el vínculo con ese mundo, el pasaje de la infancia al mundo adulto, es también el pasaje de la desresponsabilidad a la responsabilidad del trabajo. Esas tres funciones básicas de los sistemas educativos, que hicieron agua muy fuertemente en los años noventa y los dos

mil, no han encontrado el punto de recuperación. Entonces lo que primero está en juego es el sentido mismo de los sistemas educativos, el “para qué”. Esa pérdida de sentido del espacio educativo es una de las sensaciones más fuertes que uno tiene trabajando con docentes y con estudiantes, pero la primera alarma surge ya con los propios docentes cuando ellos sienten –muchos de ellos sienten–, que no está claro el sentido de la educación. Si los salarios son bajos, si las condiciones son difíciles, pero si además uno no le encuentra un sentido claro, aquella idea del docente heroico, del apostolado, como se dijo muchas veces, se desinfla. Entonces me parece que ahí hay un primer problema.

Ese problema se liga con el sentido político de la educación, porque también se liga con su pérdida de sentido general, y en muchos casos lo que empieza a provocar es una discusión global, ya no sobre si este método o aquel, si éste enfoque o el otro, si un cambio curricular más o menos, sino sobre el sentido mismo. Cuando uno se hace esta pregunta inevitablemente se vuelve a topar con la pregunta política, porque uno vuelve a pensar en las vinculaciones con el trabajo: ¿cómo son los mercados de trabajo? Si la vinculación es con la ciudadanía: ¿qué ciudadanía, qué Estado es el que interpela al ciudadano? Y ¿el ciudadano que interpela al Estado? Cuando en los noventa se pierde casi al Estado como un actor claro, cuando el Estado abandona su lugar, o al menos quiere abandonarlo, la figura del ciudadano pierde sentido, o tiene un sentido muy diferente.

Y finalmente está este tránsito hacia otros lugares de formación, por ejemplo el tránsito hacia la Universidad. La Universidad tiene su propia crisis, por eso, otra discusión interesante es la de la propia Universidad. Me parece que ahí hay mucho para repensar, y hay mucho que se está repensando, recuperando tradiciones muy viejas y queridas, como la primera reforma universitaria, de Córdoba para acá, que en estos años han encontrado miradas nuevas en disputa a su vez con visiones previas, marcando distinciones con las visiones tradicionales de la Universidad burocratizada.

¿Qué modelos de universidad son posibles hoy?

Creería que son tres las posibles universidades: la que se aferra a su idea burocrática y administradora del saber; la que establece un vínculo fuerte con el mercado y forma para ese mercado o quiere formar para ese mercado; y la que recupera, en un contexto nuevo, el espíritu de la Reforma que pone a la Universidad en un diálogo

muy fuerte con la sociedad, admitiendo incluso –y en esto tiene algo en común con la educación popular– que tiene que ser un diálogo de igual a igual, un diálogo de saberes legítimos en todos los casos, científicos, populares, tradicionales, y muchos otros, con los que la Universidad tiene que construir su propia institucionalidad, y su producción de conocimientos. Son entonces planos distintos, y es distinto me parece el sistema de la Universidad que el resto de los sistemas educativos.

Hay otra institucionalidad, y la pregunta no era sólo me parece, por la institucionalidad educativa. También imagino que estaban pensando en otras instituciones. Qué pasa hoy con los sindicatos, qué pasa con las organizaciones territoriales, por ejemplo, las de barrio, qué pasa con los movimientos sociales vinculados al género, a la edad, a las múltiples expresiones culturales, qué pasa con los movimientos étnicos. Me parece que ahí hay otra reflexión como para pensar si de aquella idea de la dimensión educativa, y la dimensión comunicacional si hablamos de la comunicación de los procesos de organización social y política, sigue vigente. Yo creo que esta vuelve a asomar todo el tiempo, con los cuestionamientos que mencionaba antes. En algunos casos, los intentos de asociar categorías marxistas, de organización, de clase, etc., con la educación popular, no funcionan bien, no porque haya pasado de moda algo, sino porque hay cambios en la sociedad que no registran bien.

¿Cuáles serían esos cambios?

Estamos también en un momento, en muchos casos de crisis de muchas de estas instituciones, pero eso me parece que depende mucho de cada contexto. Cada crítica por ejemplo de los movimientos sindicales es distinta en los países, y me parece bastante difícil, yo no me animaría al menos a hacer generalizaciones, porque hay movimientos, por ejemplo que tienen tradiciones de clase muy fuerte, movimientos que tienen tradiciones de unidad muy fuerte, y otros que no, entonces es bastante complejo poder pensar en esa institución educativa en movimientos tan distintos entre sí. Hay, y con esto cierro esta barrida tan amplia, una situación especial es ese mundo de las llamadas ONG, o algunos prefieren de las organizaciones de la sociedad civil, que me parece que son todas denominaciones cómodas, e inevitables a la hora de convocar y construir diálogos, pero a veces demasiado ambiguas y confusas, porque detrás de estas

instituciones, de este conjunto de instituciones, hay una diversidad tan grande, que es muy difícil encontrar sentidos comunes.

Por ejemplo, un fenómeno registrado desde los años noventa para acá es lo que algunos han llamado la “oenegeización” de la sociedad civil: la conversión por ejemplo de muchos movimientos en ONG o el agregado de las ONG a los movimientos que terminaron chupándose de alguna manera al movimiento original, no sólo en el sentido convencional, en el sentido de absorber energía, sino sobre todo en el sentido político. Porque no es lo mismo un movimiento que reivindica un derecho que una ONG que atiende a una necesidad, porque a veces el origen fue el mismo, pero funcionan con lógicas muy distintas: lógicas políticas distintas, y obviamente lógicas organizacionales distintas. Esas diferencias hacen que no se pueda hablar de “la” sociedad civil, o “las” organizaciones y “la” sociedad civil, como un todo homogéneo. Me parece que entonces en esas individualidades también hay construcciones educativas muy distintas. Una cosa que ha pasado interesante, pero que conviene estar siempre advertido es que algunos *hábitus*, algunas maneras de hacer las cosas, se fueron transfiriendo, en parte porque las personas fueron pasando de un espacio institucional a otro, y se mantienen las formas, pero probablemente no siempre el fondo. Por ejemplo ciertas dinámicas, el papelógrafo que aparece en un taller, la palabra “taller”, “vamos a trabajar en grupos”, y frases y “recetarios”, que estaban presentes en prácticas con un fuerte sentido político, y que también pueden aparecer presentes en prácticas concretamente funcionales al statu quo, completamente funcionales al mantenimiento y a la revitalización del capitalismo neoliberal de los noventa, en sus versiones más suavizadas posteriores, pero aparecen dinámicas distintas, y eso está bueno advertirlo, porque muchas veces nos confundimos, nos enredamos en los cables de la metodología.

¿Cuáles te parecen que son los desafíos de las universidades como actores sociales, en estos procesos de democratización de la comunicación que se están dando en muchos de los países de América Latina?

Hay un desafío que es el de la Universidad en sí misma, en la obligación de “repensarse”. En ese sentido, creo recordar que también en un Congreso comentaba, lo que para mí es una idea central, que es dar vuelta la lógica con la que solemos pensar la Universidad todavía. Suele pensarse la institución universitaria, y las prácticas universitarias, la Universidad suele pensarse como una institución que produce

conocimientos, y por eso puede enseñar, y por eso puede también vincularse con la sociedad en eso que se llama “extensión”, que es transfiriendo esos conocimientos hacia los que no los tienen. Esta idea ya la criticaba Freire cuando hablaba de “extensión o comunicación”, él no se refería a la Universidad en aquel libro, pensaba más bien en lo que se llamaba la “extensión rural”, que es una práctica más de ciertas instituciones vinculadas a la agricultura más que a lo universitario, pero creo que es perfectamente aplicable, si repensamos desde ese mismo sentido de comunicación y diálogo.

Yo creo que la Universidad puede y debe pensarse al revés. Debería pensarse como una institución que se vincula con la sociedad primero y antes que nada, y es partir de allí que construye la agenda de los conocimientos necesarios y que decide por ejemplo qué es lo que debe ser investigable, y qué investiga con otros además, en diálogo con otros. Y es a partir de allí que es capaz también de generar espacios con docentes, estudiantes y otros actores sociales para pensar y aprender. Esa inversión de la lógica me parece que es el primer deber.

El segundo, más vinculado específicamente a las cuestiones de las políticas de comunicación, me parece que tienen que ver con nuestro campo en particular. Creo que ahí tenemos algunos deberes en marcha, que estamos cumpliendo, y otros para cumplir. Y esto depende mucho de cada lugar y de cada país. La tradición del campo de la comunicación, de los estudios de comunicación en América Latina, nació muy vinculada al problema de la democratización y de la política en comunicación, allá por los años sesenta y setenta. Fue esa tradición la que explica cosas como el *Informe MacBride*, y el fuerte protagonismo que los latinoamericanos tuvieron en aquella búsqueda de una contra-información y de la comunicación, una búsqueda en la que un solo grupo tenía la palabra. Esa tradición se perdió, quedó como escondida y hasta había una cierta actitud vergonzante de toda esa tradición, a partir de los fines de los ochenta y comienzos de los noventa.

Creo que la tradición culturalista, con todo lo rico que tuvo, de mirar no tanto de las estructuras de poder y del discurso, sino más bien de los receptores y de la cultura, enriqueció la mirada, pero también hizo olvidar la dimensión operativa de la comunicación. Yo creo que justamente, los que estaban más vinculados a la comunicación, alternativa, popular, y todos sus “apellidos”, pudieron dialogar mejor con las otras tradiciones, eran interpelados por ambas, e interpelaban a ambas, e incluso podían dialogar con una tradición que a veces no gusta pero que está presente en los estudios universitarios de comunicación que es la tradición funcionalista. Digo que no

nos gusta admitir, porque es casi una mala palabra, pero también hay que reconocer que a veces es en esa perspectiva donde se forman casi todos los profesionales, profesionales que bien tienen un compromiso fuerte, de perspectivas críticas, de análisis de estructura, del poder y del discurso, de análisis de receptores y de la cultura, pero que a la hora de su ejercicio profesional terminan apelando a las tradiciones funcionalistas, sobre todo porque las otras tradiciones, la tradición crítica y la culturalista, no les da herramientas para el trabajo profesional. Existe una necesidad muy fuerte de generar, de ser capaces de dar herramientas para trabajar en este sentido.

Podemos seguir diciendo que todo eso no importa, como pareció que se decía en los años noventa. Era vedado casi por completo la cuestión de la política en comunicación con el desánimo producido ante el casi absoluto fracaso de las ideas de un nuevo orden mundial de la información y la comunicación –*Informe MacBride*– que hay que recordar que cayó en medio de las dictaduras latinoamericanas, países como los nuestros muy especialmente, pero pasada o en baja la ola neoliberal creo que es el momento de volver a pensar en todo eso.

¿Qué aportes se pueden hacer desde la comunicación social?

Creo que estamos en un momento en que podemos y debemos poner en diálogo estas tres o cuatro tradiciones de los estudios latinoamericanos de comunicación, que tuvieron grandes distinciones pero que hoy están pudiendo reencontrarse admitiendo incluso que para pelearnos con el funcionalismo tenemos que ser capaces de dar respuestas muy concretas a las prácticas de la comunicación, que a veces sólo con la crítica sin capacidad de intervención no nos alcanza. Es por eso que muchas veces me gusta mucho esta idea que plantea *de Souza*², que es que el saber moderno en algún momento tenía vuelo equilibrado, con un ala crítica, y un ala de afirmación, pero que en algún momento se desequilibró, porque el ala crítica, voló muy alto, pero no fue capaz de construir. Y el ala de la afirmación terminó siendo de complicidad con el statu quo. Y es así que tenemos hoy en los campos sociales, campo de la comunicación como él lo plantea, el deber de afirmar sin ser cómplices, criticar sin desertar, me parece que tenemos entonces una posibilidad mucho mayor que la que teníamos antes, porque el

² Se refiere a Boaventura de Souza Santos.

contexto también es distinto, porque se abrieron perspectivas políticas y sociales diferentes. También el campo universitario y académico cambió.

Por último yo diría volviendo al tema de las universidades, quizás una de las cosas que nos haría bien, me parece, es recuperar algunas palabras un poco viejas tal vez, un poco olvidadas, que tienen que ver con la idea del intelectual más que con el académico: una parafernalia enorme de procedimientos complejos, para evaluar, clasificar los saberes, cuantificarlos, proyectos de currículum, que vale mucho en artículos académicos y quizá no vale tanto en la práctica social. El que se llamaba intelectual, nunca se había parado a mirar que eso que escribía iba a salir en una revista arbitrada o no arbitrada, lo que le importaba era pensar el impacto social que eso tenía. Yo no desprecio para nada, soy parte de ese sistema académico, e incluso me ha tocado jugar de ese lado, pero me parece que volver a tomar de aquellas fuentes del intelectual comprometido le haría mucho bien a la universidad, y en particular a nuestro campo de la comunicación.

Aquí estamos tratando de construir algunas cosas parecidas a ambos lados del Río de La Plata. La situación no es igual, pero hay mucho para enriquecernos de los dos lados del Río.